

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 44 AÑO 2002

TEMA 8. OTROS COMPOSITORES: 8.2. WAGNERIANOS DEL RESTO DE EUROPA

TÍTULO: **SIEGFRIED WAGNER**

AUTOR: *Wolfgang Golther*

El objetivo de su vida lo revelan las palabras del padre: “Él conservará mis obras para el mundo” Pero ante él también aparecen dificultades: “Le será difícil tener sobre si un tal padre”. La vida de Siegfried y sus tan cuestionadas creaciones transcurrieron exactamente por estos derroteros.

Sobre la cuna del niño, nacido en Tribschen, en Lucerna, resonaron las melodías del “Idilio de Sigfrido”. testimonio de la pura y profunda felicidad que el Maestro encontró en la Isla de los Bienaventurados, tan apartada del mundo. En Bayreuth, en Wahnfried, protegido por el amor de sus padres y acompañado de sus hermanas, creció el niño en Franconia, su patria, a la que se sintió muy unido, como puede verse en muchos de sus poemas. En las reuniones vespertinas de la familia, en las lecturas del padre, en audiciones musicales del más noble contenido, obtuvo una amplia y profunda educación, pero sin encontrar en ella ninguna orientación hacia una futura vida profesional. La educación musical se situó en segundo término. El padre tenía otras ideas. ¡Siegfried, protector, debía ser cirujano, debía aliviar el dolor! Sin embargo él, en silencio, mantenía la esperanza de dedicarse al arte; pensando en Bayreuth, que el hijo consideraba una herencia sagrada. A partir de 1876, los anuales viajes a Italia despertaron su amor por la arquitectura: iglesias y monumentos de todo tipo le incitaron a dibujarlos y a realizar también sus propios bosquejos. Tras la muerte del padre, Siegfried, que hasta el momento había disfrutado de clases privadas, asistió a la escuela de Bayreuth hasta el examen final. Entonces llegó el momento de plantearse la pregunta: ¿Cual sería su carrera: música o arquitectura? Al principio Siegfried se dedicó a ambas materias: se preparó como arquitecto en las Escuelas Técnicas Superiores de Karlsruhe y Charlottenburg, y con Humperdinck realizó intensos estudios musicales. En un largo viaje hacia Asia Oriental, aprovechó los momentos de ocio para concentrarse y reflexionar, realizó unos esbozos poéticos, profundizó en los escritos del padre, y regresó a casa más maduro, más estable, y participó por primera vez en la preparación (Tannhäuser) de los Festivales. El ejemplo de la madre hace que decida dedicarse por completo a la herencia del padre. Resuelve con

sorprendente rapidez la época de aprendizaje, como ayudante y colaborador de escena. Como director de orquesta demuestra su eficacia, primero en unos conciertos en Bayreuth, después invitado a viajar a otras ciudades alemanas y extranjeras, la mayoría de veces con obras del padre y del abuelo. En “El Anillo” de los Festivales de 1895 ocupa por primera vez, junto a Hans Richter, el podio de la orquesta en Bayreuth, haciéndose cargo al mismo tiempo de la puesta en escena del “Oro del Rin”. Mostró unas brillantes aptitudes para la dirección de escena en el “Holandés”, “Tannhäuser” y “Lohengrin”. Bajo la vigilante mirada de la madre, que quería formarlo como Director de los Festivales, su desarrollo fue tan feliz que al retirarse ella, (1908) se hizo cargo de la Dirección.

“Tannhäuser” estuvo unido a su destino; estuvo presente al principio y al final, desde el momento en que Siegfried participó en los Festivales. . En el verano de 1930 reapareció “Tannhäuser”, con una insospechada belleza y suntuosidad, todavía pudo prepararlo en todos sus detalles. “Tannhäuser” sirve de ejemplo, al comparar esta reciente producción con las anteriores de 1891/94 y 1904, para demostrar lo equivocada que es la opinión de los que creen que el Estilo de Bayreuth es inmovilista, sujeto a su tradición, cuando en realidad puede verse que tanto el movimiento escénico como la escenografía son capaces de cambio. De todas maneras lo básico sigue siendo siempre lo que la partitura y la idea poética exige, cosas que ahora con la utilización de los nuevos progresos técnicos aparecen esplendorosas, opuestas absolutamente a las direcciones de escena modernas, que a través de extrañas ideas se complacen en apartarse de la manifiesta voluntad del Maestro. En el “Tannhäuser” de Siegfried se hizo patente su personal talento para la dirección de escena. El Venusberg ofreció unas vastas y profundas grutas subterráneas con una iluminación cambiante que crecía, disminuía y se apagaba según la música reclamaba. Una tumultuosa escena con bailarines, ninfas, bacantes, faunos y el felizmente sacado de los esbozos originales: Orfeo. Después las Tres Gracias envueltas en luces doradas y plateadas, avanzando sobre la fastuosa melodía. Las dos partes: bacanal y calma, claramente diferenciadas por el compositor, se configuraban en sugestivos cuadros, sobre los que flota la añoranza que Tannhäuser siente por la patria, su deseo de regresar al mundo, con sus penas y alegrías. Al realizarse sus sueños aparece el boscoso valle, al fondo, sobre la cumbre, el Wartburg, al que conduce un camino que se abre paso por un puente en el que se desarrolla la acción; allí, ante un muro rocoso una sencilla imagen de María, ante la cual, más tarde, orará Elisabeth. Aparecen las comitivas de los peregrinos, a lo lejos se escucha su canto, que al acercarse crece impetuoso y que después se extingue y se pierde entre la frondosidad del bosque; sobre dicho canto

se escuchan los cuernos de caza. Al fin aparece el grupo de cazadores, la alegre jauría bajo el puente, y trotando puente arriba los hermosos caballos que montan el Landgrave y los cantores. Auténtico romanticismo germánico, colorido cuadro de época, la del canto trovadoresco, la de la caballería cortesana. En el segundo acto una amplia y luminosa sala, hábil colocación de los invitados y los cantores, el sitial del Landgrave, elevado, domina la escena. En representaciones anteriores se había utilizado la reproducción de la sala del Wartburg, tal como quedó tras la restauración del siglo 19. Pero ni la sala de la edad media ni la nueva son necesarias, es suficiente el espacio que vio la mirada interior del poeta, donde él situó la acción. Durante la competición el reflejo rojo del Venusberg envuelve a Tannhäuser, como si un extraño hechizo se apoderase de él. Se hace realidad para la vista lo que la música expresa. Encontramos la escena final felizmente estructurada tanto para el oído como para la vista; bien ensamblados los coros de los caballeros y de los cantores y elevándose por encima de todo la voz de Elisabeth: "Deja que vea Tu luz antes de caer en la noche", con su figura transfigurada envuelta en un suave atardecer. Esta es la última imagen que Tannhäuser ve, la única que lo acompañará en su viaje a Roma, del cual el Preludio del tercer acto es una manifestación anímica, que nos transmite con un arte magistral lo que sucede en escena. Los actuales medios escenográficos crean un sugestivo ambiente otoñal, aunque con los antiguos bastidores pintados el contraste entre Mayo y el tardío Otoño era más evidente. Admirablemente conseguida la aparición del Venusberg: una legión de formas salvajes, agitadas, arremolinadas, en una semi oscuridad rojiza, forman un maligno aquelarre que ante la llamada de Wolfram: "Elisabeth" se hunde y desaparece envuelto en la niebla nocturna.

Enmarcado en la escena, inmerso en el espíritu de la composición, este "Tannhäuser" fue en escenografía, en movimiento escénico y en iluminación, una obra maestra, nunca igualada hasta ahora, de una insólita belleza, accesible significado y auténtica espontaneidad. Y esta soberbia creación fue magníficamente arropada por la orquesta de Toscanini y el coro de Rüdell. Ya en anteriores Festivales "Tannhäuser" había ocupado su lugar como ópera, triunfando y convenciendo, por lo cual era casi imposible mejorarlo. ¡Pero la última realización de Siegfried lo convirtió increíblemente en todo un acontecimiento!

Él no pudo ver la representación de su obra, ya que poco antes de empezar el Festival, al finalizar los ensayos, cayó fulminado. El vencedor cayó en plena victoria; su orden dice: "¡La función sigue!" Él mismo preparó su primera fiesta conmemorativa con el "Tannhäuser" que se representó días después de su muerte y de su entierro. En vida fue ante todo "colaborador",

pero en su muerte se acreditó como “vencedor en la paz”, dando el ejemplo de haber puesto su persona al servicio del arte hasta el último aliento.

1930, fue un año nefasto para Bayreuth. El 1 de Abril, la madre y el 4 de Agosto el hijo, fue como si una voz fantasmal lo llamase: “No me dejes sola en el reino tenebroso”.

54 años de Festivales en Bayreuth. ¡Quien de los que lo contemplan desde lejos puede figurarse el cúmulo de esfuerzos, preocupaciones y sacrificado trabajo que representa! Tres veces se planteó el interrogante de la continuidad: 1883, tras la muerte del Maestro, quien solo presenció el “Anillo” y “Parsifal”, dejando sus futuros planes inacabados. 1886, cuando se operó el cambio, decidiendo que la patrona cogería el Festival en sus manos, encargándose a partir del “Holandés” de todos los demás dramas. Madre e hijo completaron lo que el Maestro habría deseado; bajo su guía los Festivales alcanzaron el grandioso florecimiento que todo el mundo conoció. ¡Agosto 1914, guerra! Las representaciones tuvieron que interrumpirse. 1924, reanudación. Audaz aventura, año tras año creciente éxito que permitió nuevas edificaciones y mejoras en el Teatro y nuevas técnicas en el escenario. ¡1930, muere Siegfried. Ocaso de los Dioses! Las Nornas tejen la cuerda: “¿Sabes como fue? ¿Sabes como será?”

Con una capacidad de trabajo admirable, Siegfried Wagner encontró el tiempo necesario, junto a la preparación y dirección de las representaciones, para una creación propia. Tras algunos intentos anteriores, en 1899, apareció “Bärenhäuter” (Piel de Oso) , que desde Munich pasó a todas las escenas alemanas. En esta obra primeriza aparecían ya todas sus cualidades. Siegfried no copiaba el arte de su padre, lo completaba. “El mundo de los héroes nos hechiza con su idilio ...” A partir de las sagas, de los héroes y los dioses se encamina hacia unos cuentos que sitúa en un marco histórico. Padre e hijo coinciden en el amor a la antigüedad germánica, en la saga popular, en la introducción a los Hermanos Grimm; pero trabajan sobre materias completamente distintas. Siegfried no crea ningún Festival que debe celebrarse bajo condiciones excepcionales, sino que crea óperas para los teatros alemanes a los que desea ofrecer un arte noble y puro, auténticamente aleccionador. En la música sigue las huellas de Weber y Lorzing, en el manejo de los motivos y en la orquestación es alumno de Humperdinck y obra tras obra va perfeccionando su arte. Como compositor es absolutamente “anti-wagneriano”, o sea que no imita. Solo en la unión de palabra y música, en su indestructible unidad, sigue, decidido, el espíritu del padre. ¡Ha dejado 17 obras, de las cuales seis todavía no se han representado, ni se han editado! Debemos lamentar la actual extranjerización de la programación de los teatros alemanes. Sería de agradecer que se

sintieran obligados a programar obras que poseen el mérito inestimable de ser auténticamente alemanas y de ser fácilmente comprensibles. Era un deber ineludible recordar a Siegfried Wagner en la temporada 1930/31, deberían haberse representado sus obras con buenas producciones, obras que el público siempre ha aceptado con gran éxito; pero que siempre han sido eliminadas por preconcebidos prejuicios. Los grandes Teatros no son conscientes del deber que su propio honor les reclama, mientras las pequeñas escenas, como Königsberg, con su “Herzog Wildfang” y Harburg con “Schwarzschwanenreich” dan razón a las palabras de Richard Wagner:”¡En Alemania solo son eficaces los lugares pequeños, las grandes ciudades no son creativas!”

Las obras de Siegfried Wagner reflejan su personalidad, su ingenuidad, pureza, efusiva bondad, plácida alegría, júbilo ante la vida y autenticidad, aunque también utiliza poderes ocultos, que demoniacos se introducen en el destino de los hombres, humor popular capaz de reírse del diablo, y junto a todo esto una evidente y profunda fe en el Divino Salvador. Tales cosas viven en sus obras, aparecen en ellas con extraordinaria fuerza. Esto es lo que escribió Hans von Wolzogen en las “Bayreuter Blättern”.

Un reportero preguntó una vez a Siegfried, que pensaba sobre el porvenir de los Festivales, él contestó: “Confiamos en la buena estrella que siempre nos ha guiado. La convicción de estar haciendo lo que se debe da fuerza y seguridad”. Esto lo dijo inspirado por el espíritu del padre. Y continuó: ”Bayreuth permanecerá mientras existan personas que posean la tenacidad necesaria para dirigir y conservar la obra del fundador permaneciendo fiel a su espíritu.”

El hijo mayor de Siegfried, Wieland Gottfried, estaba todavía en edad infantil, igual que lo estuvo Siegfried a la muerte del Maestro. De nuevo, como tras la muerte de Wagner, la dirección quedó depositada en manos de una mujer a la que el dolor no le heló la sangre en las venas, sino que superando la profunda pena reaccionó con tenaz energía, colocándose inmediatamente en el lugar del esposo. ¡La función continua! Esperemos que encuentre los ayudantes y colaboradores apropiados a la obra de Bayreuth. ¡La fe en Bayreuth sigue viva! Por su campechanía Siegfried Wagner era popular y querido en Bayreuth. Tenía una buena palabra y un amable saludo para todos. En su trato social era más bien retraído, pero cuando se encontraba entre amigos y correligionarios salía de su reserva y animaba la conversación con bromas y ocurrencias. Se entendía bien con los artistas, y cuando era necesario equilibrar antagonismos y vencer resistencias lo hacía con humor. Sus órdenes eran bien acogidas. Los nuevos colaboradores, como Toscanini y Laban, eran rápidamente conquistados y guiados

hacia la noble meta, poniéndolos al servicio de la obra de arte. Cerró sus “Memorias” con las siguientes palabras: “Me complace tener como patria la bella y atractiva ciudad de Bayreuth; sus habitantes me han brindado, en cualquier circunstancia, muestras de su sincera simpatía.” Ya en sus años jóvenes, Siegfried, escribió desde Venecia: “Deseo morir en Bayreuth, ya que por muy bello que todo lo demás sea, lo mejor es permanecer en la patria.” El Destino dispuso que el 16 de Julio lo trasladasen del Teatro al hospital y de allí a la iglesia; nunca regresó a Wahnfried. El Maestro y Cosima descansan solos en el jardín de Wahnfried; al hijo y los suyos la ciudad de Bayreuth les ofreció un sepulcro bajo una vigorosa encina, cerca de Jean Paul.

El informe médico confirmó que Siegfried, que durante cuatro semanas había trabajado diariamente, de las 7 de la mañana a media noche en la preparación de los Festivales, sucumbió a estos desmesurados esfuerzos, muriendo en acto de servicio. “Pocos minutos antes de morir abrió los ojos, dirigió su mirada hacia lo alto y en su rostro, sorprendentemente joven, apareció su característica expresión; le fue ahorrada una penosa agonía.” El sacerdote eligió para el responso la cita de la Biblia: “Lo visible es perecedero, lo invisible es eterno” ¡Así, a pesar de su muerte, el recuerdo del jefe victorioso no se extinguirá nunca en Bayreuth! La asistencia al entierro fue numerosa y espontánea. La mañana del 8 de Agosto el vecindario de Bayreuth despidió a su conciudadano de honor; el ataúd, de metal plateado, fue depositado en la iglesia de la ciudad bajo un manto de flores. A las 10 acudieron los invitados a la ceremonia, artistas y amigos. El Coro del Festival interpretó Bach. La comitiva fúnebre transcurrió por las abarrotadas calles de Bayreuth; un Rey, un hijo de Emperador, el presidente del Gobierno de la Alta Franconia, el Alcalde de Bayreuth, caminaban tras el féretro. En la “Maximilianstrasse” un avión sobrevoló el cortejo y dejó caer una corona. Siegfried Wagner fue llevado a la tumba con honores reales. El Alcalde Preu habló en nombre de la ciudad:” Su esfuerzo y su trabajo nos han ofrecido el más puro arte alemán, esto sucedió a partir del momento en que por decisión de su madre, junto a sus ayudantes y profesores de orquesta, dirigió y conservó la obra del Maestro de Bayreuth. Gracias a su absoluta dedicación, Bayreuth resucitó de la ruina tras la Guerra Mundial alcanzando un nuevo florecimiento. Por esto toda la ciudad, sin la más mínima excepción participa de corazón a estas honras fúnebres y la imagen luminosa de su persona permanecerá siempre viva en el corazón de sus conciudadanos.” El “Fränkische Volkstribüne”, políticamente muy alejado de él, publicó un bello artículo necrológico: “Fue un hombre de una ilimitada bondad. En este mundo, pocas veces se han hecho realidad las palabras de Goethe tal como ha sucedido en

él: “noble, siempre dispuesto a ayudar, bueno”. Recordamos a Siegfried Wagner, gran artista y buena persona.” Por la noche, en el Teatro, se reunió la familia de los Festivales en una extraordinaria velada musical: “Idilio de Siegfried” dirigido por Toscanini. Los que habían vivido esta época constataron que este regalo paterno solo se había interpretado dos veces: una en Tribschen, el 25 de Diciembre de 1870, dirigido por Richard Wagner, ante un pequeño grupo de oyentes, y otra el 8 de Agosto de 1930 en el Teatro del Festival ante los asistentes a la ceremonia fúnebre. Friederich Kranich redactó unas conmovedoras palabras de recuerdo, pronunciadas por Karl Braun: “Sobre el ser, el desarrollo y la muerte”, que también figuraron en el programa. El Preludio de “El Ángel de la Paz”, que es, El Ángel de la Muerte, y el Interludio “Fe” del “Heidenkönig”, dirigido por Elmendorff. La Marcha Fúnebre de “Siegfried” por Muck, sonó conmovedora y liberadora. “El dolor transfigura, el recuerdo se convierte en oración”

¡Así recordaron a Siegfried Wagner, en el lugar sagrado, sus amigos y sus artistas!

Traducción: Rosa María Safont

Artículo traducido de “Bayreuther Festspielführer”, 1931